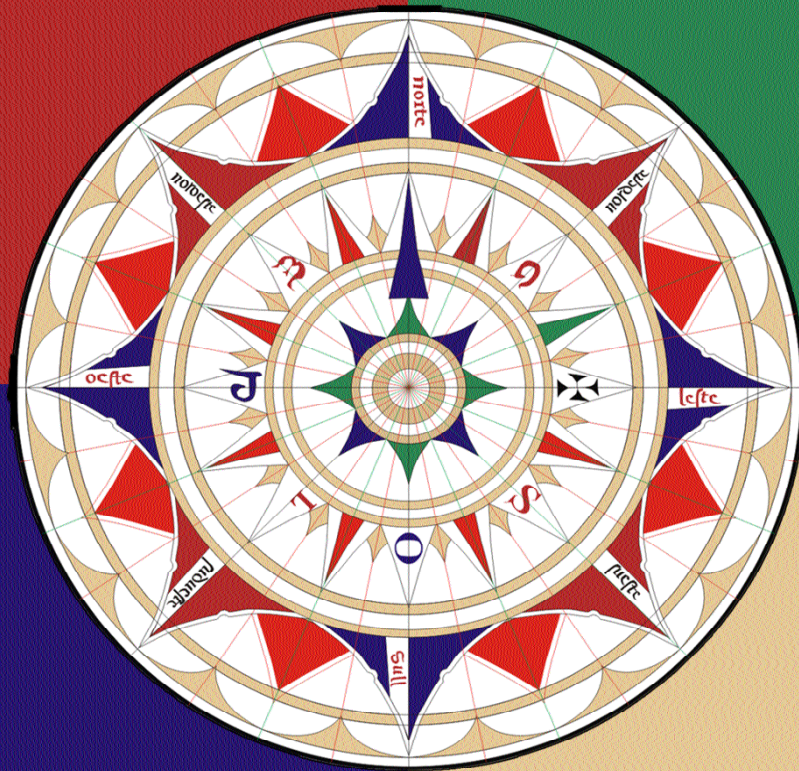


Aleksandr Radischev



Viaje
de
Petersburgo a Moscú

Maldoror



Aleksandr Radischev

VIAJE DE PETERSBURGO
A MOSCÚ

Traducción:
Jorge SEGOVIA y Violetta BECK

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos de copyright. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:
Puteschestvie iz Peterburga v Moskvu

© Primera edición: 2007
© Maldoror ediciones
© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN 13: 978-84-96817-04-3

Maldoror ediciones
www.maldororediciones.eu

*Viaje de Petersburgo
a Moscú*

“Monstruo fatuo, malvado, gigantesco,
que ladra por sus cien bocas...”

Telemájida, t.II, libro XVIII, vs 51

A mi muy querido amigo A.M.K.

Cualesquiera que sean los frutos del espíritu y el corazón, los mismos te serán dedicados, ¡oh, mi benevolente amigo! Aunque mis opiniones disienten de las tuyas en muchos puntos, tu corazón late al unísono con el mío y eres mi amigo.

He contemplado en torno a mí y los sufrimientos de la humanidad han mortificado mi alma. Volví esa mirada hacia mi interior y pude ver que las desdichas del hombre se deben al mismo hombre, por la única razón de que a menudo no mira de frente los objetos que le rodean. ¿Acaso, pensé, la naturaleza ha sido tan avara con sus hijos como para ocultarle la verdad durante siglos a quienes se extraían inocentemente? ¿Acaso esta terrible madrastra nos ha engendrado para que sintiéramos las desgracias y nunca la felicidad? Mi alma se estremeció ante este pensamiento y mi corazón lo apartó lejos de sí. Finalmente, encontré el consuelo en el mismo hombre.

“¡Apartaré de los ojos la venda que tapa el sentimiento natural y seré feliz!” La voz de la naturaleza resonó poderosa en mi carne. Súbitamente despertaba de la zozobra en que me habían sumido la sensibilidad y conmiseración, sentí en mi interior la fuerza suficiente para enfrentarme a los extravíos y -¡oh, indecible alegría!- que también era posible que cualquiera pudiese ser partícipe en el bienestar de sus semejantes. Estas reflexiones me llevaron a escribir lo que vas a leer. Pero -me dije a mí mismo-, si encuentro a alguien que apruebe mi intención y que, por la noble causa que persigue, no menosprecie lo que no supe expresar de mejor manera, que sienta conmigo las desdichas de sus hermanos y me apoye en mi camino, ¿acaso no sería ese ya el fruto de mi trabajo? ¿Por qué, por qué buscar a alguien lejos? Amigo mío, tú vives cerca de mi corazón y tu nombre iluminará este comienzo.

La partida

Después de cenar en compañía de mis amigos, me acomodé en un *kibitka*. El cochero, como de costumbre, hizo galopar los caballos a un gran trote, y, unos minutos más tarde, me encontraba ya a las afueras de la ciudad. Es penoso separarse, aunque sea por poco tiempo, de quienes se han hecho necesarios en cada instante de nuestra existencia. Despedirse es difícil: pero dichoso aquel que puede despedirse sin sonreír, pues el amor o la amistad le esperan

para consolarle. Lloras mientras dices adiós, pero recuerda que volverás, y ante esa idea tus lágrimas se secarán como el rocío al sol. Dichoso aquel que rompe a llorar, pues espera quien le consuele; dichoso aquel que en ocasiones vive en el futuro; dichoso aquel que vive en sus sueños: su ser deviene más pleno, sus placeres se multiplican y la serenidad calmará su melancolía, creando imágenes de felicidad en el espejo de la imaginación. Viajaba recostado en el kibitka. El tintineo de la campanilla de postas, que sonaba monótono en mis oídos, acabó por convocar al bienhechor Morfeo. En mi soledad, la amargura de mi separación -que me sumía en un estado próximo a la muerte- se hizo más evidente. Me vi en una vasta llanura quemada por el sol y privada de cualquier encanto o espesura vegetal; no había ni un manantial para refrescarse ni la sombra de un árbol para aplacar el calor. ¡Un ermitaño solitario, abandonado en medio de la naturaleza! Me estremecí. “Desgraciado, exclamé, ¿dónde estás? ¿A dónde ha ido a parar todo lo que te fascinaba? ¿Dónde está aquello que hacía tu vida agradable? ¿Acaso las alegrías que has disfrutado fueron sólo sueños y fatamorganas?” Para mi suerte, en el camino había un escollo contra el que se golpeó una rueda de mi kibitka, y me desperté. El carruaje se detuvo. Alcé la cabeza y miré al exterior: en aquel lugar desierto se levantaba una construcción de una planta. “¿Qué es esto? le pregunté a mi cochero. -Una casa de postas. -¿Pero dónde estamos? -En Sofia” -respondió-, mientras desenganchaba los caballos.

Sofia

Por todas partes, silencio. Sumido en mis pensamientos, no caí en la cuenta de que mi kibitka llevaba mucho tiempo detenido, y sin caballos. El cochero que me había traído hasta aquí me sacó de mi ensoñación. “Señor, ¡la voluntad!” Aunque fuese ilegal, aquella tasa era pagada de buena gana por todo el mundo, para poder viajar sin problemas. Me bastaron veinte kopeks. Todo aquel que ha viajado en coche de postas sabe que la hoja de ruta es un salvoconducto sin el cual cualquier monedero -exceptuado el de un general, sin duda-, sería esquilmado. Tras sacarlo de un bolsillo, avancé con él, del mismo modo que algunos caminan con una cruz para protegerse.

Encontré al encargado de postas roncando y lo sacudí ligeramente por el hombro. “Maldita sea, ¿qué sucede? ¿A quién se le ocurre salir de la ciudad en plena noche? No hay caballos; aún es muy pronto; se lo ruego, vaya a la posada si quiere, bébase un té o duerma un poco.” Dicho esto, el señor encargado de postas se volvió contra la pared y comenzó a roncar de nuevo. ¿Qué hacer? Lo zarandeeé otra vez por el hombro. “¡Maldita sea! Ya le dije que no hay caballos”, y, tapándose la cabeza con la manta, el señor encargado de postas me dio la espalda. Si todos los caballos están en ruta, pensé, no sería justo impedirle dormir. Pero si están en las cuadras... Decidí comprobar si decía la verdad. Salí al patio, encontré las caballerizas y descubrí allí al menos veinte caballos; aunque, a decir verdad, parecían estar famélicos, pero aun así creí que podrían llevarme igualmente hasta el

siguiente relevo. Salí de las caballerizas y regresé a donde estaba el encargado de postas: ahora lo zarandé con más violencia. Me pareció que estaba en mi derecho, tras descubrir que me había mentido. Se levantó de prisa y todavía con los ojos cerrados, balbució: “¿Quién ha llegado? Acaso...” Pero, volviendo en sí, al verme dijo: “Por lo visto, joven, estás acostumbrado a tratar con cocheros de los de antes, a los que molían a palos. Pero esos tiempos ya han pasado.” El señor encargado de postas, iracundo, volvió a acostarse. Tenía ganas de obsequiarle del mismo modo que a los antiguos cocheros cuando daban prueba de socarronería, pero mi anterior gesto de generosidad, cuando el cochero local me pidió la voluntad y le obsequié con una propina, animó a los cocheros de Sofia a uncir prestamente los caballos y, justo en el momento en que me disponía a cometer un desmán contra la espalda del encargado de postas, la campanilla resonó en el patio. Me comporté como un buen ciudadano. Así, una pieza de cobre de veinte kopeks evitó una investigación contra un hombre pacífico y de un ejemplo de intemperancia -a causa de la ira- a mis hijos. Aprendí que la razón es esclava de la impaciencia.

Cuando los caballos iban a galope tendido, mi cochero entonó una canción melancólica, como de costumbre. Quien conozca esas canciones populares rusas sabe que expresan, por decirlo así, la aflicción del alma. Casi todas estas voces tienen una dulce entonación. A partir de esa disposición musical del oído del pueblo, ¡bien sabe éste cómo manejar las riendas del gobierno! Descubrirás en esas canciones el carácter del alma de nuestro pueblo. Observa al hombre ruso: comprobarás que es meditabundo. Si quiere escapar al aburrimiento o, como él mismo dice, si quiere

divertirse, va a la taberna. Cuando se divierte, es impetuoso, temerario y pendero. Si algo no es de su gusto, enseguida comienza una discusión o una pelea. Un trabajador que va a la taberna con la cabeza gacha y regresa ensangrentado a causa de la paliza que ha recibido, puede resolver muchas cosas que hasta ahora resultaban enigmáticas en la historia de Rusia.

Mi cochero cantaba. Eran las dos de la madrugada. Como antes la campanilla, ahora era su canción la que me inducía al sueño. ¡Oh, naturaleza!, tú que envuelves al hombre en un manto de dolor desde su nacimiento, y lo arrastras por las inmisericordes cumbres del miedo, del tedio y la tristeza a lo largo de su vida, le has dado para su disfrute el sueño. Al fin me quedé dormido y todo acabó. El despertar resulta insoportable para un desdichado. ¡Oh, qué agradable encuentra la muerte! Pero ¿acaso es esta el fin del dolor? Padre de todo bien, ¿es que apartarías tu mirada de aquél que valerosamente acaba con su miserable existencia? Es a ti, fuente de bienaventuranza, a quien se ofrece este sacrificio. Sólo tú le das fuerza al ser que tiembla y se estremece. Es la voz del padre llamando hacía sí a sus hijos. Tú me diste la vida y a ti te la devuelvo: sobre la tierra se ha convertido en algo inútil.